

El conformista

ENRIC GIL MUÑOZ

Enric Gil Muñoz es profesor de Filosofía en la Enseñanza Secundaria. Prepara su tesis doctoral sobre la relación entre el fenómeno de la masa y los regímenes totalitarios.

Per a Àngela

1 Sin duda alguna, para quien quiera abordar con una mirada reflexiva las catástrofes morales y políticas del siglo XX, el concepto arendtiano de “banalidad del mal” constituye una herramienta intelectual de primera magnitud. Ante las habituales representaciones que hacían del agente de la violencia totalitaria poco menos que un monstruo inhumano, en el juicio al criminal nazi Adolf Eichmann, Arendt se percató de que lo que en realidad había llevado a éste a participar en el genocidio judío era la pura y simple irreflexión: Eichmann no era más que un gris burócrata incapaz de valorar éticamente los efectos de sus actos.¹ A la hora de dar cuenta de cómo un sujeto concreto puede convertirse en ejecutor del mal banal, la literatura nos puede prestar una ayuda inestimable: gracias a ella, los problemas morales se encarnan en personajes y situaciones que iluminan aspectos de la cuestión que escapan a los conceptos abstractos. Y viceversa: leer determinadas obras literarias bajo el prisma de alguna categoría filosófica nos puede ofrecer una clave de lectura enriquecedora. Es lo que sucede si leemos la novela *El conformista*, de Alberto Moravia, bajo el prisma del mal banal. El elemento común a Eichmann y al protagonista de la narración, Marcello, es el motivo banal que los conduce a participar en crímenes políticos: así como en el primer caso se trataba de la incapacidad para pensar, en el segundo es el ansia de normalidad lo que conducirá al personaje a comprometerse con el fascismo de Mussolini. En este ensayo trataremos de desvelar cuáles son las razones que provocan en Marcello la obsesión por convertirse en una persona normal, así como las estrategias que utiliza para no percibir la problemática ética de su inmersión en la masa fascista.

2. En *Masa y poder*, Elias Canetti explica el proceso de conversión del individuo en parte de la masa mediante el concepto de “descarga”, que se refiere al momento en que los integrantes de la masa se deshacen de sus diferencias y se sienten iguales.² Podríamos decir que, en el caso de Marcello, su necesidad de descarga era muy grande. Para comprender esta afirmación, tenemos que tener en cuenta algunos episodios de su vida infantil. Moravia nos presenta al niño Marcello como un ser “cruel sin remordimiento ni vergüenza” (p. 12).³ Esta crueldad se expresaba mediante diversas formas de destrucción injustificada: de las plantas de su jardín, de un grupo lagartijas. Concretamente después de haber matado a los pequeños reptiles sin razón alguna, experimenta una sensación de vergüenza, remordimiento y espanto, y en ese momento empieza a sentirse como una persona anormal, ya que estaba convencido de que los otros niños no hacían esas cosas (p. 14). Fijémonos, pues, en el hecho de que el personaje no está desprovisto de conciencia moral: de alguna manera, el niño se da cuenta de que lo que ha hecho no está bien. No nos encontramos, pues, ante un sádico. En todo caso, la incomodidad ante la matanza de lagartijas le lleva a buscar la complicidad de un compañero de juegos, su vecino Roberto. Ante éste, intenta justificarse, pero Roberto le contesta que no hay que hacer daño a los animales porque se lo ha dicho su madre. Esta respuesta le produce rabia, ya que su amigo le había negado la complicidad y la absolución que él buscaba. Por ello sentía que “había sido rechazado hacia la anormalidad” (p. 18). Lleno de rencor, en una escena posterior, Marcello dispara con su tirachinas hacia un lugar de la valla que separaba su casa de la de Roberto: había detectado movimiento por debajo de las hojas de la hiedra, y éste sólo podía haber

¹ H. ARENDT, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, trad. de C. Ribalta, Lumen, Barcelona, 2003.

² E. CANETTI, *Masa y poder*, trad. de J. J. del Solar, De Bolsillo, Barcelona, 2005, p. 73-74.

³ A. MORAVIA, *El conformista*, trad. de E. Ortenbach, Las mejores obras de la literatura universal, El Mundo, p. 12. Los números de página remiten a esta edición.

Canetti también señala que el impulso fundamental que nos conduce a convertirnos en miembros de la masa es la necesidad de invertir el miedo a ser tocados por lo desconocido

sido provocado por su ex amigo. Después de haber lanzado unas cuantas piedras, se acerca a su blanco de tiro y se encuentra con un gato muerto al otro lado de la valla. Le invade entonces una sensación de terror al pensar que en realidad había tenido la intención de matar a Roberto, y se acentúa en él la sensación de ser un anormal: las plantas, las lagartijas, ahora un gato, todas estas “víctimas” parecían apuntar a un destino fatal marcado por la anormalidad. Así pues, vemos cómo en el alma del pequeño Marcello conviven una conciencia moral incipiente y débil (aunque existente) junto a un profundo y angustioso sentimiento de no ser como los demás suscitado por esta cadena de “asesinatos”. Su autopercepción como sujeto moral es muy negativa a causa de estos incidentes: por ello, buscará la liberación de una subjetividad incómoda intentando descargarse en la masa, y experimentará un gran placer haciendo las mismas cosas que hace todo el mundo (pp. 78-79). Pero será precisamente esta obsesión por ser como los demás la que al final le conducirá al verdadero crimen: en la mentalidad del personaje, ser normal en la época y en la sociedad en la que le había tocado vivir significaba nada más y nada menos que convertirse en fascista.

3. Canetti también señala que el impulso fundamental que nos conduce a convertirnos en miembros de la masa es la necesidad de invertir el miedo a ser tocados por lo desconocido: en la masa todo acontece como dentro de un solo cuerpo, no tenemos ya nada que temer de los demás.⁴ En el caso de Marcello también podemos interpretar que existe esta necesidad. En efecto, nuestro protagonista sufre en el inicio de la adolescencia un incidente de contacto no deseado que lo determinará para siempre: el intento de un abuso sexual por parte de un adulto. Lino, un chófer que había sido sacerdote, se aprovecha de la inocencia y de la debilidad del joven Marcello prometiéndole que le dará una pistola si le acompaña. El caso es que cuando intenta por fin forzarle, el adolescente, intentando huir, coge la pistola y le dispara incitado por el mismo pederasta, incapaz de reprimir sus escrúpulos cristianos (p. 69). Esta escena le acompañará siempre: la muerte de Lino constituirá la culminación de las anteriores (la de las plantas, las lagartijas, el gato), y lo marcará definitivamente con el estigma de una anormalidad caracterizada por la criminalidad. Por eso, su vida se convertirá en un esfuerzo continuado por invertir este traumático episodio buscando la normalidad que solamente la inmersión en la masa le podía proporcionar.

4. Marcello, como hemos visto, se siente disgustado por sus actos de agresividad infantil. Este disgusto no sólo se

debe a la vaga conciencia de su maldad, sino también a la necesidad no satisfecha de recibir un juicio externo sobre su conducta que le proporcionara una certeza moral al respecto, aunque fuera en forma de condena. Nuestro protagonista tiene un ansia de seguridad ética que su débil conciencia infantil no le puede proporcionar. Esta ansia tratará de satisfacerla no tanto con Roberto como con sus padres: la mirada adulta podría no solamente emitir un juicio más digno de crédito que el de un niño (al fin y al cabo, si Roberto consideraba que no había que matar animales era porque se lo había dicho su madre), sino también insertar sus actos en un orden (p. 19-20). Marcello tiene la necesidad de un orden moral para orientarse en la vida, y es lógico que, siendo como es un niño, lo busque en sus padres. Este orden le permitiría establecer una línea clara y categórica entre el bien y el mal, así como saber cuál sería la consecuencia de cometer una mala acción. Porque además del juicio, aunque fuera negativo, Marcello también necesitaba del castigo paterno, porque intuía que sólo éste le permitiría expiar la culpa (p. 25).

Ahora bien, la actitud de los padres hacia el hijo era de desatención. Por una parte, su madre se había casado muy joven y tanto física como moralmente continuaba siendo una adolescente. Su intensa vida social le impedía tener una verdadera familiaridad con su hijo (p. 20). En cuanto al padre, éste se caracterizaba por hacer gala de una severidad arbitraria y muy esporádica (p. 27). Aun así, en relación con la matanza de lagartijas, sobre todo después de ver cómo Roberto no le apoyaba, el pequeño Marcello siente la necesidad de confesarse ante su madre. Intenta hacerlo en un momento en el que sus padres están a punto de salir, razón por la cual su madre no le hace mucho caso. Así, ante la indiferencia materna, Marcello se inventa un acto mucho peor: la muerte de un gato (eso, antes de matarlo realmente por accidente). Pero ésta sólo se preocupa de ponerse bien el collar (p. 21-22). La reintegración a la normalidad únicamente podía venir de un juez de ideas claras y severas, pero sus padres no podían (o no querían) asumir ese papel.

Así pues, el caos moral familiar acentuará la inseguridad de Marcello, lo cual será visto por él como un impedimento más en el camino hacia la normalidad. En este contexto, no es de extrañar que el niño desarrolle una “pulsión de orden”, si lo podemos expresar así, que se manifestará en el gusto que le inspirarán tres instituciones caracterizadas por funcionar de acuerdo con una reglamentación estricta: la escuela, la Iglesia y el Ministerio. Estas instituciones se le presentarán como una encarnación palpable del orden moral que tanto anhelaba. Por ello, y como veremos más adelante, para él la moralidad acabará identificándose con las exigencias que estas construcciones sociales le pedirán (en concreto, las que le pedirá el Ministerio).⁵ En Marcello, la paradoja está en que es precisamente un impulso moral, la voluntad de expiar la culpa insertando la propia conducta en un ordenamiento ético inteligible, el que le conducirá al desastre. Acto seguido, analizaremos con más detalle cómo expresa el protagonista de la novela este anhelo.

Como respuesta al anárquico ambiente familiar, el niño aspirará incluso a recibir como castigo el internamiento en un colegio, aunque éste fuera parecido a una prisión (p. 28). Por eso la entrada en la escuela le gustó. Pero en el contexto escolar, la dependencia por parte de Marcello de

⁴ H. CANETTI, *Masa y poder*, p. 70.

⁵ Aquí podemos apreciar un paralelismo con el caso de Eichmann (*Eichmann en Jerusalén*, pp. 53, 212).

unas directrices claras que guiarán su conducta le planteará los primeros problemas en cuanto a las relaciones humanas. Con los compañeros, las reglas a seguir eran tácitas, y eso hacía renacer su inseguridad. Además, aparte de la inexperiencia en el trato con los otros producida por los hábitos familiares, el hecho de tener un aspecto físico un tanto afeminado provocará las burlas de sus condiscípulos (p. 38).

Más atención merece la actitud de Marcello hacia la Iglesia. Podríamos calificarla como una mezcla de admiración y condescendencia. Admiración porque no puede dejar de reconocer en esta institución milenaria una ejemplificación de lo que él buscaba en la vida, es decir, un orden sólido. Los edificios eclesiásticos encarnaban a la perfección sus anhelos (p. 116). Al mismo tiempo, sin embargo, este sentimiento se ve contrarrestado por la impresión de que la Iglesia ya no podía cumplir el papel de rectora moral de la sociedad. Esto se ve muy bien en una escena de la novela donde el protagonista va a confesarse para poder casarse. Que su boda sea una ceremonia religiosa no se debe al hecho de que él sea creyente, ni a la imposición incondicional de su novia Giulia: sencillamente, casarse por la Iglesia es un paso más hacia la normalidad, ya que todos lo hacen (p. 102). Así pues, el acto de la confesión cabe interpretarlo en este contexto. No obstante, el aspecto ético de esta práctica católica no podía ser borrado tan fácilmente en la conciencia de Marcello: concretamente, le preocupaba tener que hablar de la muerte de Lino y de la misión que le había encomendado el Ministerio, que en principio consistía en obtener información de un activista comunista exiliado, Quadri. De alguna manera, el hecho de que relacionara los dos actos en una situación así muestra hasta qué punto la conciencia moral de Marcello no se encuentra del todo aniquilada. Aun así, él tiene muy claro que, en los tiempos que corrían, no era la religión católica la que podía conducirle a la anhelada normalidad, sino el Estado fascista para el que trabajaba (p. 115).

En efecto, para Marcello no podía haber una solución más atractiva para el desorden que convertirse en un fiel funcionario estatal (p. 81). En otras circunstancias históricas menos trágicas seguramente esta opción vital no hubiera tenido unas consecuencias éticas tan desastrosas. Pero el Estado a quien debía servir era un régimen totalitario, y esta servidumbre implicaba participar en actos criminales como el asesinato de Quadri. En este contexto, pues, el miedo al desorden se manifiesta en la renuncia a la responsabilidad moral individual en beneficio de la obediencia a las exigencias estatales. A este respecto, debemos reconocer en Marcello un tipo desgraciadamente más “normal” de lo que él mismo consideraba: la violen-

cia del siglo XX se ha alimentado, aunque no exclusivamente, de la voluntad de orden de individuos como él. Con esta perspectiva, se podría ver en el Estado totalitario el intento más logrado y al mismo tiempo más terrible de saciar el hambre de certeza y de organización del sujeto.⁶

5. Así pues, a partir de estas experiencias de la infancia, Marcello va gestando un vocabulario ético que identifica la agresividad, la crueldad, el mal, la culpa y la vergüenza con la anormalidad, y que liga todos estos conceptos a su personalidad. En contrapartida, el bien y la normalidad se convertirán en sinónimos, y constituirán los caracteres definitorios de los otros, entendiendo por estos “otros” no la suma de individuos concretos, sino la masa abstracta. Ahora bien, en este punto es importante señalar dos cuestiones. La primera es que en Marcello la sumisión al fascismo será absolutamente voluntaria, motivada por “razones personales”, sin que intervenga ningún tipo de coacción: como fiel funcionario del régimen que es, se encuentra sometido a una jerarquía, pero esta sumisión es producida por la libre imitación de personas que en principio no tienen ninguna supremacía sobre él. La segunda es que, en consecuencia, Marcello, como sujeto pensante y libre que es, utilizará toda una serie de estrategias que tendrán como finalidad garantizar su sujeción a la masa. Son estas estrategias las que analizaremos a continuación.

6. La primera de las estrategias empleadas por Marcello, y posiblemente la más importante, porque es la que determinará todas las demás, es la que consiste, como ya hemos apuntado, en identificar el bien con la normalidad. Está bien lo que es normal, y viceversa. La mayoría de la gente no puede estar equivocada. Por consiguiente, imitar el comportamiento de la multitud será la más cómoda y segura garantía de certeza moral. Siguiendo este principio, Marcello se hace fascista. Además, no hay ningún argumento de tipo ético o político que justifique semejante compromiso: éste no obedece a otra cosa que al deseo de normalidad (pp. 79, 80).⁷ Ahora la masa le ofrece la complicidad y el juicio que Roberto y su madre le habían negado en su momento. El escaso fundamento epistemológico de su opción política se relaciona con la convicción de que la verdad no podía ser otra cosa que aquello que todos creían (convicción que comportaba la necesidad de actuar, p. 81). Por eso Marcello experimentará más aversión hacia las personas que no creen en nada (seguramente porque le recordaban las inseguridades infantiles) que no hacia los adversarios ideológicos (pp. 85-86): lo importante es creer alguna cosa, no el contenido de la creencia.

Sea como sea, el caso es que la debilidad de esta argumentación no será un impedimento para comprometerse con el régimen hasta el punto de participar en alguno de sus crímenes: como funcionario de la policía política de Mussolini, Marcello se ve involucrado en una misión que acabará con la muerte de dos personas. En un principio, como hemos apuntado al hablar de la escena de la confesión, su tarea era obtener información de un antiguo profesor suyo, Quadri, que se había convertido en un destacado activista comunista que actuaba contra el gobierno desde París. Después, sin embargo, las órdenes variarán: ahora Marcello tendrá que señalarle al agente Orlando quién es Quadri para que éste le reconozca y lo pueda asesinar. Marcello no mata a nadie directamente, pero es un

Más atención merece la actitud de Marcello hacia la Iglesia. Podríamos calificarla como una mezcla de admiración y condescendencia

⁶ A este respecto, H. ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, trad. de G. Solana, Alianza, Madrid, 2006, p. 488.

⁷ Una vez más encontramos un paralelismo con Eichmann, concretamente si tenemos en cuenta la descripción que hace de los motivos de su ingreso en el partido nazi (*Eichmann en Jerusalén*, p. 54).

elemento clave en la cadena criminal, ya que sus superiores piensan que, tratándose de un ex alumno, el viejo comunista no sospechará nada. La actitud de nuestro protagonista se encuentra muy lejos tanto del anticomunismo feroz como del odio personal.⁸ Se trate de traicionar o de matar, para él la misión era el paso más firme hacia la normalidad (p. 103). Si lo más normal en su contexto histórico y social era simpatizar con el fascismo, comprometerse con el régimen hasta el punto de mancharse de sangre era ya el *súmmum* de la normalidad. La paradoja de su conducta está en que Marcello quiere salir de la criminalidad accidental y/o justificable simbolizada por la muerte de Lino con otro crimen que ahora será voluntario e injustificable en términos éticos. Pero hay una diferencia fundamental entre ambos casos: la diferencia entre el Marcello/niño y el Marcello/adulto es que ahora ya no estaba solo, había una masa que le apoyaba (pp. 128-129).⁹ Para él, la muerte de Quadri resolvía y anulaba la de Lino, lo cual significaba el ingreso de pleno derecho en la normalidad (p. 269). Pero para que este ingreso fuera definitivo, Marcello necesitaba también el éxito completo del régimen al que servía, porque sólo así se operaría una transmutación de valores total en virtud de la cual un delito se convertiría en un acto glorioso. Pero si el fascismo fracasaba, él no sería más que un asesino (pp. 269-270).

7. Acabamos de destacar una diferencia fundamental entre los “crímenes” del Marcello/niño y los del Marcello/adulto. Hay, sin embargo, otro cambio importante en la personalidad del protagonista que facilita la realización de la violencia calculada exigida por el régimen. A sus ojos, él había sido un niño tímido, femenino, impresionable, fantasioso, impetuoso, pasional, expresivo, vital; ahora, ya adulto, era, por el contrario, seguro de sí, masculino, sereno, ordenado, carente de imaginación, controlado, frío, claro y apagado, con unas pocas convicciones rígidas, cerrado, triste, silencioso, de una normalidad taciturna y gris (pp. 77-78). En pocas palabras: ahora era capaz de controlar sus emociones, un control que, ni que decir tiene, iba en beneficio de la inmersión en la “normalidad”. Como funcionario que era, las emociones personales no habían de interferir para nada en su trabajo. Así, cuando se enteraba de la corrupción o de los defectos de sus superiores, eso no alteraba sus convicciones: la fidelidad al gobierno de Mussolini iba más allá de cualquier criterio moral, y si los sentimientos se sublevaban, había que reprimirlos (p. 84). Admiraba a los compañeros cumplidores, rígidos, honestos, que servían sin discutir y anteponian el deber a la conciencia, mientras que aquellos que manifestaban ambición y escepticismo no le eran simpáticos (p. 86).¹⁰ Posiblemente esta actitud represiva respecto a las emociones viene de la identificación de éstas con la agresividad infantil: las flores, las lagartijas, el gato, Lino, todos habían sido víctimas del descontrol pasional. No es la pasión ni los instintos oscuros y anárquicos lo que conduce al protagonista al crimen, sino la fría represión dictada por la identificación de la violencia con las emociones desbordadas.¹¹

Pero nuestro protagonista tendrá ocasión de experimentar en su propia piel la parcialidad de esta identificación, porque habrá un momento en el que se verá embriagado por una fuerte pasión que hasta ese momento desconocía: el amor. En París, durante el viaje de novios,

No es la pasión ni los instintos oscuros y anárquicos lo que conduce al protagonista al crimen, sino la fría represión dictada por la identificación de la violencia con las emociones desbordadas

cuando contacta con Quadri, descubre que éste se había casado. Y la mujer del viejo profesor, significativamente llamada Lina, enamora a Marcello de golpe. Este enamoramiento le hará perder el autocontrol seguramente por primera vez desde que era un adolescente, y el amor le permitirá acceder a un conocimiento de sí mismo y a una sensación de libertad insólitas para él: ahora tenía la sensación de que le habían quitado un peso de encima, que su vida tal como la había edificado hasta ese momento se deshacía, que el amor no se podía reducir al acto sexual, como él creía antes (pp. 221-223). El amor por una persona concreta abría en su conciencia una rendija de luz moral que le permitía poner en cuestión el régimen al cual servía, al mismo tiempo que le hacía percatarse del hecho de que, si hasta entonces lo había servido, era sólo porque él había querido. Paseando bajo el Arco del Triunfo dominado por la embriaguez amorosa, capta por primera vez el sentido de la responsabilidad moral, un sentido escondido a menudo por las exigencias de grandes causas, como la suya, a cuyo servicio son sacrificadas muchas personas (pp. 223-224).

El amor por Lina era como un contrapeso que anulaba el efecto que el incidente con Lino había tenido sobre su vida, abriéndole el camino hacia otra normalidad del todo diferente a la postiza normalidad burocrática que hasta entonces había perseguido (p. 225). Pero para que este nuevo camino se abriera realmente era necesario que Lina le correspondiera. A este respecto, Marcello se desengañará pronto. En efecto, la actitud de la mujer de Quadri hacia Marcello era contradictoria, ya que la voluntad de mostrarse educada con él contrastaba con un menosprecio mal disimulado. Esta contradicción se explica teniendo en cuenta que Lina, en realidad, era lesbiana y que, a su vez, se había enamorado de Giulia. Por eso Marcello le repugnaba, pero no podía quedar mal con él, ni podía desde luego explicarle a Quadri que su antiguo alumno iba detrás de ella, ya que eso hubiese significado no poder ver más a la persona a quien amaba. En todo caso, ante el rechazo de Lina la redención por la vía amorosa se mostrará imposible.

8. La tercera de las estrategias que utilizará Marcello con el fin de evitar que los escrúpulos éticos le separen de los compromisos exigidos por la masa fascista consiste en transformar la conciencia moral en conciencia técnica. Dicho de otra manera, las recriminaciones que se hace no tienen la forma de un juicio relativo a la bondad o maldad de sus actos, sino que se refieren al carácter acertado o no de determinadas opciones realizadas con vistas a un fin egoísta. Su objetivo existencial era, como sabemos, convertirse en una persona normal, y la normalidad incluía

⁸ También Eichmann decía que no tenía nada personal contra los judíos (*Eichmann en Jerusalén*, p. 44).

⁹ Cuando Eichmann, en la conferencia de Wansee, vio cómo los principales dirigentes nazis no mostraban escrúpulo alguno ante la “Solución Final”, él también se sintió moralmente reconfortado por el beneplácito de la masa totalitaria (*Eichmann en Jerusalén*, p. 166).

¹⁰ Esta descripción se ajusta a la perfección al caso de Eichmann (*Eichmann en Jerusalén*, pp. 199-200).

¹¹ La represión de las pasiones es un lugar común en muchos agentes de la violencia totalitaria (*Los orígenes del totalitarismo*, pp. 673-674).

las comodidades de la vida burguesa. El trabajo como funcionario al servicio del gobierno fascista era el camino que había elegido para lograrlas. Pero el problema se presenta cuando, al final de la guerra, el régimen cae. Marcello, aunque tiene la visión de un castigo divino que caería sobre determinadas familias “normales” como la suya (p. 287), y aunque incluso le había dicho a Giulia cuando comenzaron las hostilidades que, si fuera coherente, se suicidaría (p. 288), no aprovecha este momento para reflexionar sobre los crímenes en los que el servicio al *Duce* le había hecho participar. Simplemente se ve a sí mismo como a un jugador que ha apostado a un caballo equivocado (p. 288). El razonamiento es meramente instrumental. Hay un objetivo: ser “normal”. Un medio: servir el fascismo. Pero la derrota militar acaba con la “normalidad fascista”: esta no era ni necesaria ni eterna. La dificultad radica en tener que responder de un acto (la muerte de Quadri y de su mujer) que hasta aquel momento era considerado normal/legítimo y que, a partir de ahora, en función de la nueva normalidad impuesta por los vencedores, pasaría a ser percibido como anormal/ilegítimo. No hay un verdadero examen de conciencia, sino simplemente la constatación, igual que cuando comparaba la autoridad eclesiástica con la ministerial, de un cambio de valores que le podría perjudicar.¹² Así como antes los escrúpulos morales cristianos eran un impedimento para avanzar en su carrera, ahora el hecho de haber sido cómplice del gobierno de Mussolini le podía hacer perder el estatus social que había conseguido. Intenta consolarse diciendo que había hecho lo que había hecho por motivos absolutamente suyos y que, en última instancia, no podía haber actuado de otro modo (p. 289). Además, bien mirado, la vida burguesa tampoco valía tanto la pena (p. 290). No obstante, al final no puede evitar comparar a Giulia con Eva después de ser expulsada del paraíso, de un paraíso formado por una bonita casa de un rico barrio residencial llena de electrodomésticos modernos (pp. 290, 313).

Pero esta perversión técnica del razonamiento moral no nace simplemente de un egoísmo enfermizo. O si lo hace, hemos de explicar cómo Marcello logra no ser consciente de ello. En este sentido, es de vital importancia la identificación total del protagonista con la función que desarrolla. Es decir, Marcello no distingue entre las exigencias que su trabajo como funcionario comporta y las exigencias éticas que como ser humano debe respetar: el conflicto entre ambas no es percibido, porque no hay espacio para las segundas. Es muy ilustrativa al respecto la actitud que tiene a la hora de planear la misión. Sus superiores expresan preocupación porque tienen que buscar una excusa creíble para que Marcello se encuentre con Quadri.

La tercera de las estrategias que utilizará Marcello con el fin de evitar que los escrúpulos éticos le separen de los compromisos exigidos por la masa fascista consiste en transformar la conciencia moral en conciencia técnica

Entonces nuestro protagonista tiene una idea inmejorable: aprovechará el viaje de novios a París con el fin de contactar con el viejo profesor (p. 88). Esta idea, que le viene a la mente espontáneamente, demuestra hasta qué punto es incapaz de separar su vida privada de las obligaciones laborales y políticas: la primera se subordina claramente a las segundas. De esta manera, no hay un “Marcello/sujeto moral” que sea capaz de criticar los actos del “Marcello/funcionario”, porque este último lo abarca todo. Pero aparte de esta identificación total con la función que desarrolla, la conciencia técnica puede ganarle la batalla a la conciencia moral, porque la participación en actos éticamente condenables no viene impuesta de manera clara y rotunda, sino de forma gradual y mediada. Recordemos que al principio la misión de Marcello consiste en obtener información de Quadri, evidentemente engañándolo. Pero durante el viaje recibe una contraorden: ahora lo que deberá hacer es lograr que el agente Orlando sepa quién es el profesor para poder matarlo. Del engaño a la participación en un asesinato había un paso considerable. No obstante, tanto el uno como el otro se tenían que aceptar por la autoridad que las imponía: las órdenes eran las órdenes (pp. 177-178).¹⁴

9. El punto anterior nos introduce en el último de los mecanismos empleados por Marcello. Se trata de la exoneración de la propia responsabilidad moral, justificándola o bien con la excusa de que él no ha hecho más que recibir órdenes o bien con una actitud fatalista en virtud de la cual él no había podido actuar de otra manera. Ya hemos comentado la necesidad de orden del protagonista. Los diferentes “asesinatos” del pequeño Marcello (flores, lagartijas, gato, Lino) los interpreta como atados por una fatalidad que pesaba sobre él y que le conducía inevitablemente a matar. Ya de adulto, sin embargo, esta fatalidad no significaba otra cosa que la renuncia a tomar la iniciativa, dejando que sean las circunstancias o la iniciativa de los otros las que decidan sobre el resultado de las acciones. Así, por ejemplo, en París le plantea a Giulia la posibilidad de no ir a ver a Quadri (lo cual implicaba, obviamente, desbaratar la misión), pero su mujer le responde que ahora ya se había comprometido y que no se podía echar atrás (pp. 204-205): de esta manera, deja que sea Giulia quien decida, sin insistir para nada en cambiar los planes. Después del desengaño amoroso que sufre al enterarse de que Lina era lesbiana, legitima el hecho de continuar con el tipo de vida que había llevado hasta ese momento (una vida que desembocaba en el asesinato) por la falta de amor (p. 237): otra vez, dependía de otra persona, en este caso de Lina, que él cambiara o no.

Que no hay nada fatal en su planteamiento existencial se ve muy claramente en una escena que tiene lugar cuando la misión ya se ha realizado. Marcello recibe en su despacho del Ministerio la visita del agente Orlando, que le da una información suficientemente explosiva como para destruir los fundamentos sobre los que había construido su existencia: en el último momento, los altos funcionarios ministeriales decidieron que no convenía asesinar a Quadri, ya que de esta manera se podrían comprometer las relaciones diplomáticas con Francia. Lamentablemente, la contraorden llegó demasiado tarde, cuando el viejo profesor y su esposa ya habían sido ejecutados (p. 280). Así pues, el orden político y burocrático al que Marcello había acudido para superar la anomia fami-

¹² Igual que Eichmann (*Eichmann en Jerusalén*, pp. 52-53).

¹³ Como en el caso de la participación de Eichmann en la “Solución Final” (*Eichmann en Jerusalén*, p. 122).

¹⁴ La actitud de Marcello ante las órdenes recuerda a la descripción que hace Canetti del soldado (*Masa y poder*, p. 456).

liar al final se muestra tan azaroso y contingente como las palizas que le daba su padre. Que Marcello fuera cómplice de un asesinato o no dependía de las decisiones de la gente de arriba: la “normalidad” fascista, con sus exigencias criminales, tenía en realidad pies de barro. No hay ningún “Orden”, ni ninguna “Normalidad” que nos libere de la responsabilidad moral individual y de las contingencias de la vida. El agente Orlando intuye de alguna manera que matar a dos personas bien merecía un fundamento más sólido que las pasajeras opiniones de sus superiores. Pero Marcello acaba por decirle a Orlando: “Usted, Orlando, ha cumplido con su deber y eso debe bastarle” (p. 281). Así pues, a pesar de todo, nuestro protagonista no se cuestiona a sí mismo. Ya hemos visto en el apartado anterior cómo al final de la guerra no siente remordimientos, sino que únicamente lamenta haber errado: nadie tenía la culpa de que su bando fuera el perdedor. La estatua de Mussolini, que durante los años de dominio fascista parecía de bronce y que ahora, con la caída del régimen, al ser derribada muestra que en verdad era de yeso, es una buena metáfora del errado camino seguido por Marcello (p. 304).

Pero hay otra escena que desmonta de manera aún más contundente la idea de fatalidad que presuntamente había gobernado su vida. El punto de partida fundamental de la peregrinación de Marcello hacia la normalidad era el incidente con Lino. Paradójicamente, como hemos visto, la muerte del pederasta era lo que le había acabado conduciendo a participar en la de Quadri y Lina. Pero resulta que, al final de la novela, Marcello descubre, en un encuentro casual, que Lino en realidad no había muerto: el diario que en su momento había dado la noticia se había equivocado. Entonces, nuestro protagonista no puede evitar recriminarle al antiguo chófer que le había destruido la vida, porque creerle muerto le había hecho perder la inocencia (p. 311). La contestación de Lino resume muy bien, si lo podemos decir así, la “moraleja” de la novela: “Pero, Marcello, todos hemos sido inocentes... ¿acaso no fui inocente yo también? Y todos perdemos nuestra inocencia, de un modo u otro... es lo normal”. (p. 311). En pocas palabras: la “normalidad” consiste en perder la inocencia. Dicho de otra manera: es “normal” sentirse “anormal”. Todo el mundo duda sobre la legitimidad ética de determinados sentimientos o conductas personales, y todo el mundo se pregunta si el resto de la gente experimenta semejantes dudas sobre sí mismo. Marcello no es ninguna excepción: por tanto, las experiencias de la infancia no justifican la elección posterior. En él, la voluntad de pureza, de inocencia, acaba siendo más peligrosa que la aceptación de las propias imperfecciones.

Pero el descubrimiento de que Lino vivía no tiene el efecto en el protagonista que se podría esperar. Aunque reconoce que el hecho de creerle muerto le había determinado, no por eso concluye que su vida hubiera podido ser diferente. Si lo más “normal” era perder la inocencia, daba igual que esta pérdida fuera producida por el incidente con el pederasta o por alguna otra causa: en cualquiera caso, él siempre hubiera buscado recuperarla (pp. 311-312). La voluntad de huir de la culpa original es la voluntad de huir de la propia diferencia, de la propia individualidad, para fundirse en la normalidad reconfortante representada por la conducta masiva. Pero el resultado de esta huida no es otro que la subordinación de la conciencia moral individual a las normas del grupo. Con su acti-

tud Marcello muestra hasta qué punto le es ajena la experiencia del arrepentimiento: descubrir el error sobre el que había fundamentado su existencia no le ayuda a cuestionarse a sí mismo, ya que concluye, como acabamos de ver, que de todas maneras hubiera hecho lo que había hecho.¹⁵ Ni el encuentro con Lino, ni el hecho de saber gracias al agente Orlando que en el último momento las altas esferas del poder habían decidido no eliminar a Quadri pueden destruir la actitud fatalista del personaje.

En todo caso, al final, ante el período de incertidumbre que empezaba para ellos con la caída de Mussolini, decide ir a vivir al campo con su mujer y su hija. Ahora quería comenzar una nueva etapa. Eso sí: continúa sin haber rastro de arrepentimiento por la muerte de Quadri (p. 317). Sea como sea, el símbolo de esta nueva etapa lo encuentra en una flor silvestre, que crecía en plena inconsciencia y libertad (p. 318). Éste es de hecho su nuevo ideal, a saber, la libertad inconsciente: como los vegetales, hay que vivir sin artificio, sin remordimientos, sin pensar ni cuestionarse a sí mismo, sino simplemente dejándose llevar por la vida tal como se presenta. Aunque el ejemplo de la flor es equívoco, ya que dice que ésta no pretende imitar a las otras plantas, en el fondo el objetivo de Marcello sigue siendo el mismo: fundirse en la masa, que ahora es vista como el conjunto de todos los individuos que se toman sin complejos la pérdida de la inocencia. La gente verdaderamente “normal” se caracteriza por no pensar en absoluto, ni tan siquiera para justificar su sumisión a las exigencias de la multitud.

En todo caso, esta reflexión llega demasiado tarde. De camino hacia la casa de campo donde se tenían que instalar, un avión de guerra les ataca. Los tiros de la ametralladora le alcanzan de lleno y antes de morir le ruega a Dios que su hija y su mujer no mueran, porque son inocentes. Pero la fatalidad de la que tanto se había servido para no responsabilizarse de sus actos ahora parece vengarse haciendo que la muerte los alcance a los tres. La muerte decapita sus proyectos como una consecuencia no inevitable, pero sí posible, de sus decisiones anteriores: seguramente no habría habido guerra si tanta gente como él no hubiera apoyado a los regímenes infames que acabaron haciéndola estallar. La fatalidad de este final se ha tejido con la irresponsabilidad representada por el conformismo del hombre-masa: éste actúa ahogando la suave pero firme voz de la conciencia moral individual con los gritos de la multitud.

¹⁵ Es curioso ver cómo la participación en la muerte de Quadri y su esposa, que fue voluntaria, no le despierta los remordimientos que le provocó la de Lino, que fue accidental. Esto se puede explicar, siguiendo a Canetti, teniendo en cuenta que en la primera Marcello actúa bajo órdenes (*Masa y poder*, p. 482).